



Crónica Literaria

Por ALONE

Un Lingüista Polémico por Fidel Arnedo Bravo (Boletín de la Academia de la Lengua).— Profesa el amor de esta biografía contra "el prurito que había antes en la jerarquía eclesiástica de ocultar la verdad para no dejar rastro de los sucesos que son parte de la historia" y resuelve a romperlo, comienza la vida de don Manuel Antonio Román en esta declaración: "En 1870, un niño que no era aristócrata ni rico, estaba automáticamente excluido del Seminario de los Santos Ángeles Custodios", lo que impedía el acceso al sacerdocio de las vocaciones modestas y los méritos desvalidos.

A fin de remediar esta situación y abrirle paso a otros jóvenes capaces que desearían seguir la carrera eclesiástica, don Jacquin Larrain Gandarillas y el Arzobispo Veldizuega decidieron crear el Seminario de San Pedro Damiano. Este colegio duró 11 años; en 1880 el Arzobispo Casanova lo disolvió; el remedio había resultado peor que la enfermedad y la división entre pobres y ricos se había hecho más honda.

Sin embargo, de ese mismo Seminario visiblemente destinado a los menesterosos y a los plebeyos, salieron rumbo a las más altas dignidades, el primer Príncipe de la Iglesia que tuvo Chile y un Vicario de la Arquidiócesis de esta nuestra historia, pues ocupó su difícil cargo bajo tres Arzobispos, tan diferentes de carácter, capacidad y espíritu como fueron don Kirjano Casanova, don José Ignacio González Ryaguizuri y don Crescente Errázuriz.

¿Qué dones naturales de político y de diplomático perfeccionó en el Seminario de San Pedro Damiano don Manuel Antonio Román para pasar así flotando, a través de varios regimenes, sobre las inseguras aguas de la Curia Eclesiástica?

Su biógrafo no lo explica; pero allí están los hechos y hacen tanto honor al Vicario General como al Seminario de San Pedro Damiano, cuyos destinos más tarde fue llamado a dirigir como Rector, cuando tenía 39 años.

En 1893, al resolverse Monseñor Casanova su disolución, a fin de evitar las dificultades que estaba provocando en el clero, uno de los que lamentaron la medida fue el Rector. No obstante su origen provinciano y modesto, era oriundo de Dofrigüe, nunca había sentido los clásicos resquemores. Opinaba, al contrario, que el establecimiento contribuía a fomentar las vocaciones meritorias entre los que no eran "arribistas ni sibilios", según la expresión de Monseñor Arnedo, sino muchachos sencillos que no pretendían codiciar, se con la aristocracia o con sus patrones, capos hijos estudiaban en el Seminario de los Santos Ángeles. Desprejuiciado de vanidad u orgullo, sin malicias ni resentimiento, preferían sentirse más a sus anchas en un ambiente propio, y reconocerían gustosamente a los atos el derecho a la misma libertad.

Hay temperamentos así, almas sin aristas, intraves a los peores contagios y que desfilan su virulencia.

El señor Román era de esos.

Cuando empezaba a desencadenarse la campaña contra el estudio obligatorio del latín, por considerarse un idioma inútil y difícil, ormento de los estudiantes, que daría como fruto lo que Natar Correa llamó "la muerte del humanismo en Chile", el señor Román concibió por esa lengua un amor que no se extinguiría y se dedicó a cultivarla hasta poseerla con la perfección que se expresaba en ella, con más soltura que en la propia. Contaba uno de los últimos seminaristas sobrevivientes del siglo pasado, Monseñor Pariza, que es los tradicionales pasos con que cada año los festejaba el fundador de la Academia Latina, era la costumbre hablar en latín y hasta la mitad de los manjares se hallaba escrita en ese idioma. Así los helados eran "patio gela concreta"; los dulces, "dulciosa vari"; el sí de reuteris. Una vez les llamó la atención una vianda desconocida e intraducible: "Inteuique capui suum..." y sólo viajaron a descifrarla al encontrar cada uno en su plato un trozo de rabosa de cerdo, la propia

del consensador en la lista. Al señor Román no sólo le gustaba leer, escribir y hablar, sino hasta divertirse en latín.

Estas aficciones entrañables vino a desembocar en las dos grandes empresas literarias de su existencia.

La primera fue su traducción de Ovidio y cabe calcular el entusiasmo que la sola lengua le produciría por la ligereza con que perdona a su poeta los desbordes eróticos en que incurrió, siendo como era el señor Román a tal extremo pudoroso que no quería incluir en su Diccionario de Chilensismos, la otra de sus grandes empresas, los vocablos indecentes u obscenos. La conciliación de aquello está y hay que buscarla sólo en la riqueza del amor. Monseñor Arnedo, que no la perdona, le anota el pecado. "Román era muy pudoroso", pág. 126— y aquí está por defecto, con la mejor intención; porque, según su teoría, los diccionarios debían eliminar los vocablos indecentes, lo cual es práctica poco científica y no la siguen los lexicógrafos profesionales". Podría agregar que algunos han dedicado textos íntegros a la enumeración de los "garabatos" y que no son de los que, ciertamente, han tenido menos éxito en el público. "Según el error cierto de Román —continúa— si un extranjero desea saber por su Diccionario cómo hablamos los chilenos, llegará a la conclusión muy equivocada de que jamás tenemos en los labios palabras largas o deshonestas. Si le designáramos las palabrotas no debía afligirse a la lexicografía ni menos a escribir un Diccionario de Chilensismos". Tan poco medido es el uso general en la materia que hasta la simple voz "chilensismo" ha llegado a cobrar un sentido obsceno. Sin embargo, así son de briosos los hombres, los cinco enormes volúmenes del "Diccionario de Chilensismos" forman el pedestal de su nombrado y, en tono festivo, el felicitista Desiderio Lizana lo da como la última prueba de que será inmortal al dedicarle estos versos:

En esta vida de la eterna próroga,
todo va de la foss a los alósmos.
Ya vendrá a dar en estos años mismos
el Baudre scotómico y Bófago...
[Pero no morirán sus chilensismos!]

Lo cual constituye por lo menos un buen proyecto de epíteto.

Quejase Monseñor Arnedo de que pensase tan importante en las letras como el señor Román, autor del monumental Diccionario de Chilensismos (2948 páginas, cinco volúmenes, 28 años de trabajo), Director de la Revista Católica durante veinte años, su período brillante, en que ejerció la crítica literaria, impenable latinista, traductor de Ovidio, etc. no haya merecido, sin embargo, ninguna atención a nuestros críticos, salvo Ricardo Latorre, que lo menciona. ¿Cómo se explica eso?

No creemos que el problema sea tan difícil. Basta distinguir un poco. Si se trata de la historia de la cultura literaria, en Chile, naturalmente que el señor Román tiene en ella su puesto señalado; es indiscutible que ha contribuido mucho a formarlas; pero si se trata de la historia de las bellas letras nacionales donde se exige algo más que erudición, estudio, ciencia, paciencia y conciencia... entonces la cosa cambia y el reverendísimo prebendado y Virario General, por muy sabio que sea, puede ser que se quede esperando. "Suum cuique", para decirlo en su lengua favorita.

Por si alguna duda quedara, léase en la página 42 el soneto a don Quijote en que el señor Román lo hace rimar con tolo, llanto y sacerdote, tan laboriosamente y a la fuerza, que el mismo señor Arnedo no deja de advertirlo y, para salvar la honra de su personaje, refugios en el latín y dice que en ese idioma compuso innumerables y correctísimas inscripciones epigráficas, congratulaciones, cartas y más de una pieza lírica entonada, como unas sífilo-odóicos "A San Pedro Damiano", una oda en anacópsicos...

Crónica literaria [artículo] Alone

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] Alone

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile